

Esencia

SANDRA JEREZ DE LA FUENTE

PRIMER LUGAR

Tras un día largo, la Sandra dejó sus llaves colgadas y entró a la casa. Se sentó en su silla favorita, esa que le había hecho su papá cuando había cumplido 18 años. Intentó capturar el momento una vez más, cerrar los ojos para verse a ella misma entrando por el parrón de la casa de sus padres, y ver a su papá trabajando en una silla que se suponía era regalo secreto. Le llegaba desde la entrada el sonido de balada romántica, como las que siempre ponía en su infancia. Desde chica ella siempre quiso memorizar los movimientos de su papá, el cómo se le arrugaba la cara al sonreír y cómo le decía que la quería.

Pensaba en el misterio de sus mangas, que siempre olían indescritiblemente a pino. Y mientras el maestro chasquilla estaba ahí armando la silla secreta (más bien de manera torpe), ella sólo lo miró. Los días actuales de la Sandra estaban repletos de olores, pero casi siempre se trababa de hedores fuertes que significan

decaimiento y más tarde, muerte. Mientras hacía lo que podía en el hospital, le costaba sacarse de encima aquel olor, que parecía ir con ella a adonde fuera. Los aromas también tenían rostros: los de todos

los que veía por detrás de una mascarilla, aislados y solos en pequeñas salas. Pensó en toda la gente que ama a esos rostros y a esos olores, que debe resignarse a pequeños retazos de su luz: escuchar sus voces por teléfono y ver sus rostros por la cámara. A sentir la esencia de la persona que aman a través de la distancia.

Finalmente, llamó a la enfermera. Ella le dijo la noticia que ella esperaba no oír nunca. La Sandra ya no escuchaba, sólo sentía como la invadía el conocido olor a muerte. Mientras tocaba una vez más la silla secreta, gritaba en su mente: "Quiero que huelas a pino, papá, quiero que huelas a pino, por favor".